

1  
INTRODUCCIÓN  
Sin corazón no hay historia

Matías Jesús Almeyda es uno de los tantísimos habitantes de este país que se crió corriendo detrás de una pelota de fútbol y un afortunado que logró transformar el sueño de millones en realidad: ser futbolista profesional.

A modo de introducción, como una hoja de ruta —o un GPS, para estar a tono con los tiempos actuales—, sintetizaremos en estas líneas la vida de Matías con la mayor cantidad de datos posibles en el menor espacio posible, para que luego, sí, con el mapa de grandes trazos ya en la cabeza, el lector pueda salir por los caminos laterales e internarse en todos los temas que nuestro protagonista aborda con emoción y franqueza, con visión crítica y coraje inusual. Pensiones, representantes, liderazgos positivos y negativos, acomodados, entrenadores, dirigentes, compañeros, concentraciones, falsedades, negocios, apretadas, adicciones, transferencias; en síntesis, dolores y alegrías con los que convivió, gozó y tropezó durante su carrera. A partir de sus vivencias personales, la intención de este libro es decodificar y entender un poquito mejor la amplia gama de personajes y facetas que cruzan el peculiar mundo del fútbol. Viajar de lo particular a lo general.

Matías Jesús Almeyda nació el 21 de diciembre de 1973 en la ciudad bonaerense de Azul, 300 kilómetros al sudoeste de

la Capital Federal. Hijo de Oscar y Silvia, hermano menor de Silvina y Carolina, está casado con Luciana García Pena, ex modelo y notera de televisión, que además de ser hincha de River practicaba deportes en el club cuando ni soñaba ser la esposa de Matías y tener tres hijas con él: Sofía (11 años), Azul (9) y Serena (6).

Matías se crió en el Barrio Obrero General San Martín de su ciudad y además de estudiar hasta segundo año del secundario aprendió folklore durante 8 años en la Peña Frontera Sur, con la que viajó, compitió, y hasta se presentó en el viejo Canal 7.

Empezó en el fútbol organizado a los 6 años en Boca de Azul —vaya paradoja— aunque allí sólo se entrenó y no disputó ningún partido oficial, según aclara con celeridad. Luego, con Alumni fue subcampeón provincial en 1986. Jugaba como volante por derecha y también de delantero. Fuentes bien informadas aseguran que hasta habría sido goleador un año. Contra todos los preceptos periodísticos se usa el potencial porque no existen registros fehacientes que validen semejante proeza, aunque Matías intente sostenerse en un cuadernito de apuntes de Lilo, su amigo del alma.

A los 13 pidió el pase a Cemento Armado y fue dirigido por su papá. A esa edad se probó sin éxito por primera vez en River. Un amigo de Oscar con contactos en Boca le insistió para que tentara suerte en el Xeneize, pero Matías ya tenía a River en su cabeza. Se preparó un año en su ciudad y regresó al Monumental. Federico Vairo, un reconocido exdefensor del club de los años 50 y gran maestro de inferiores, lo fichó y —sin saberlo—, le dejó el apodo para siempre: “Ey, vos, Celeste, jugá para aquel lado, y vos, Pelado, para este otro”. Usaba el pelo bastante más corto que ahora.

River lo aceptó pero no le dio pensión. Matías deambuló entre un hotel de media estrella en Constitución, donde compartía baño, heladera y —lo peor— el cargamento de

milanesas que su mamá le preparaba religiosamente en Azul, una casa en Temperley con conocidos del pago chico y el hogar familiar de Nora, su novia de entonces, en Barracas. Cuando en el club advirtieron sus condiciones lo terminaron sumando a la pensión.

Se cruzó la banda roja por primera vez a los 15 años, en 7ª división, luego siguió en 6ª, jugó 6 partidos en la Reserva y, a comienzos de 1992, con 18 años recién cumplidos, tuvo su bautismo en una pretemporada. Con Leonardo Astrada lesionado, Daniel Passarella lo hizo debutar oficialmente en la primera fecha del Clausura 92. Fue el viernes 21 de febrero, en el Monumental, con una victoria por 2-1 ante Unión de Santa Fe. Jugó los 90 minutos y fue calificado con 6 puntos por *El Gráfico* y con 7 por *Sólo Fútbol*.

Entre aquel Clausura y los tres torneos siguientes, es decir dos años calendario (1992 y 1993), Almeyda disputó en total 7 partidos. Una estadística demoledora, capaz de tumbar al más optimista. Matías no bajó los brazos, la peleó y en 1994 comenzó a jugar más seguido, sumó 11 partidos con Passarella y 10 con Gallego, ganó sus primeros dos campeonatos y Carlos Babington le dio la titularidad definitiva en 1995. Al año siguiente conquistaría la Copa Libertadores, la segunda en la historia de River, convirtiendo un gol clave en la semifinal de vuelta ante la Universidad de Chile (1-0), que le sirvió al conjunto de Ramón Díaz para clasificarse a la final. Así pagó con creces su deuda con los hinchas de River, que ya en ese momento le agradecían su conmovedora entrega: en la Libertadores anterior había errado el único penal de los siete pateados en la definición ante Nacional de Medellín, que privó a River de alcanzar la final. A veces el fútbol y la justicia se dan la mano.

A comienzos de 1996 disputó en Mar del Plata el Preolímpico clasificatorio para los Juegos de Atlanta. La rompió. No sólo corrió, trabó y recuperó, sino que hasta sacó de la galera

un sombrero y habilitó a sus compañeros como si fuera Riquelme. El Barcelona pidió condiciones. Lo siguieron Mónaco, Sevilla, Real Madrid. Mientras los clubes hacían cola en las oficinas del Monumental y se sacaban chispas, Matías deslumbraba en los Juegos Olímpicos, sobre todo en la goleada 4-0 de Argentina ante España en la que rompió el travesaño tras una jugada maradoniana. Allí nació la gran confusión de quienes lo buscaban: pensar que Matías salía del mismo molde de Diego Armando.

Hubo once ofertas concretas para comprarlo y su cotización subía más que el riesgo país en tiempos de De la Rúa: 500.000 dólares por día. Se informó que el Madrid entregaba a Fernando Redondo como parte de pago de Almeyda (no hay error en los nombres), pero al final su destino fue el Sevilla porque Matías había dado su palabra a los andaluces. “¿Usted está seguro de lo que hace?”, le preguntó el entonces presidente de River, Alfredo Davicce, con los ojitos girando como trompos, mientras los directivos de la Casa Blanca esperaban en una sala contigua. Fue la transferencia más cara del fútbol argentino hasta ese momento: 9 millones de dólares. Más que la de Maradona al Barcelona. Un año más tarde, el Real Madrid salía campeón y el Sevilla se iba al descenso. “Soy un crack para elegir”, acota hoy un sonriente Matías.

En la Selección Mayor debutó el 24 de abril de 1996. A pesar de padecer una insoportable y traicionera pubalgia fue titular en los 5 partidos que disputó la Selección de Passarella en Francia 98. Jugó todos los minutos salvo los últimos contra Holanda, cuando se produjo la debacle. A Corea-Japón 2002 arribó con un gemelo desgarrado y apenas se anotó con 63 minutos en el infausto empate con Suecia. Redondeó 40 partidos con la Celeste y Blanca y gritó un gol: a Brasil, en San Pablo, por las Eliminatorias 2002. Flojito para elegir rivales. Su última función con la Selección fue el 19 de

noviembre de 2003: 1-1 en Barranquilla ante Colombia por las Eliminatorias.

Tras su decepcionante estreno en el fútbol europeo, Lazio lo adquirió al año siguiente y allí encontró la horma perfecta de su zapato. En un campeonato donde analistas y público en general llegan al éxtasis con una barrida desde el piso antes que con un combo de caño-moño-gambeta, Almeyda primero se consagró como el mejor futbolista del campeonato, según opinión de los periodistas, luego realizó un aporte decisivo para la obtención de un par de Copas y finalmente fue partícipe del ansiado Scudetto en la temporada 1999/00, segundo y último campeonato ganado hasta aquí por la Lazio en su historia. Fueron los tres mejores años de Matías, los años en los que tocó el techo, con 5 títulos y un incremento brusco de su cotización: en junio del 2000 fue transferido al Parma en 23 millones de dólares, incluido como parte de pago en la venta de Hernán Crespo del Parma a la Lazio. Permaneció dos años y ganó una Copa Italia, para cerrar luego este primer ciclo europeo con otras dos temporadas en el Inter, lapso en el que sufrió una lesión importante en tibia y peroné de su pierna derecha.

Allí comenzaría una etapa con altibajos, traumáticos vaivenes, con anuncios y contraanuncios, días oscuros, de búsqueda frenética para encontrar su lugar en el fútbol y en la vida. Quiso regresar a River pero le bajaron el pulgar. Se entrenó en Independiente unos días pero se marchó antes de debutar porque su padre estaba en una supuesta lista de secuestradores. Jugó 5 partidos en el Brescia italiano pero se bajó del barco cuando comprobó que los dirigentes le abrían la puerta a la barra brava para que los apretara impunemente. Estuvo a un paso de firmar con el West Bromwich de Inglaterra pero no arregló porque el intermediario le pedía una comisión y no estaba dispuesto a semejante chantaje. Se puso la camiseta de Quilmes cinco veces para disputar la Liber-

tadores. Anunció su retorno a River, y el día de la revisión médica y de los flashes felices se arrepintió, apagó el despertador, se quedó en la cama y declaró que se retiraba del fútbol.

Decidió dedicarse al campo y le duró dos meses. Volvió y se deprimió. Pensó y proyectó su partido despedida en Azul que luego suspendió por superposición de fechas. Llevó jugadores de segunda y tercera división a Suecia y Noruega, y se enganchó jugando un par de partidos en el Lyn, por el campeonato de Noruega, ante la insistencia del entrenador, que lo conocía de haberlo enfrentado en una Copa europea. Fue invitado por el Cholo Simeone para integrar su cuerpo técnico. Se alistó en el Showbol de Maradona. Intentó acompañar al Beto Acosta jugando en la Primera C con Fénix pero rompió todos los records con 2 expulsiones en 3 partidos. Participó en el Super 8 con los veteranos de River hasta que uno de sus compañeros, un tal Enzo Francescoli, talento supremo y ojo clínico para mirar más allá, le comentó al pasar: “Te veo bien, ¿no querés que le pregunte a Gorosito si te hace un lugar en el plantel?”. Le preguntó.

Inmerso en una de las crisis morales y futbolísticas más agudas en la historia de River, el retorno de Matías — pisando los 36 años y tras cuatro sin competir — sonó como un chiste de mal gusto. Innecesario. Tal vez por el afecto y el respeto que había sabido ganarse dentro de la comunidad futbolera, no abundaron los comentarios agresivos, pero predominaba la sensación de que regresaba sólo para ayudar en el armado del grupo, como líder afuera, y para jugar algunos minutitos por partido y despedirse desde adentro como tanto anhelaba. Un salvoconducto a su intrínquilis mental. Matías necesitaba más a River de lo que River lo necesitaba a él. Pero, ¡oh, sorpresa!: terminó dando el presente en 17 de los 19 encuentros y fue elegido por los hinchas como el valor más alto del equipo en el Apertura 09.

Así como no existen datos fehacientes de sus inicios goleadores, en su defensa hay que decir que tampoco se conoce en el planeta una proeza similar a la de Matías, el de las quimeras, pidiéndole prestada la letra al tango. Cuatro años sin jugar y un retorno pleno a las canchas, cuando la gran mayoría, a esa edad, ya se ha retirado. Incluso con marcas atléticas que dejaron atónitos a los diferentes preparadores físicos del plantel, que buscaban y no encontraban antecedentes similares en los libros.

Si en su primera etapa en el club, Matías había sabido ganarse el cariño de los hinchas por su entrega incondicional, hasta el punto de haber sido ovacionado al errar un penal que privaba a River de una final de Copa Libertadores, su segundo ciclo lo condujo en forma vertiginosa hacia la cima de la idolatría, un romance furioso con la gente que creció exponencialmente. Matías es cristalino, y su accionar estaba a la vista.

En sus últimos meses vistiendo la camiseta de River jugó con la agujita del velocímetro en rojo, consciente de que estaba en el límite de sus posibilidades. Y más allá del límite también. La recta final del infausto Clausura 2011 que desembocó en el descenso lo encontró con las costillas fisuradas, con su capacidad pulmonar —su principal herramienta de trabajo— disminuida. Como si a Palermo le prohibieran usar la cabeza. O a Picasso las manos.

Su imagen de gladiador romano quitándose a los policías de encima y besándose el escudo de su camiseta frente al rugido del coliseo boquense representó para algunos una muestra absurda de populismo barato. Aquellos hinchas de sangre caliente, en cambio, comprendieron enseguida que nadie representaba los sentimientos de ese instante tan fielmente como Matías: desesperación, angustia, impotencia, dolor. Fue el afiche de la catástrofe. Un anticipo exclusivo de dolorosa concreción 40 días después.

Era tan notorio que Matías llegaba al final sin reservas que ni siquiera pudo dar el presente en la revancha de la Promoción contra Belgrano. La suma de amarillas fueron la evidencia incontrastable de su falta de timing. Las piernas ya no respondían a los mensajes de su cabeza. No tiene nada de qué lamentarse ni arrepentirse. No se hubiera permitido otra cosa. Estiró la cuerda en forma milagrosa y se marchó como había prometido que se iría: sin una gota de combustible. Seco. Sin más para dar.

Son muy poquitos los futbolistas que juegan desgarrados, infiltrados, machucados y todos los “ados” posibles. Que no evalúan riesgos ni miden conveniencias, justo en un ámbito que tiene como principal valor la especulación. Tipos que se la juegan de verdad. Que tienen el carácter para llamar al presidente del club menos de 24 horas después de consumado el peor desastre en la historia, con el cadáver de la víctima aún tibio, para avisarle que está dispuesto a afrontar el desafío de timonear el barco en la B Nacional. Un salvavidas de plomo sólo apto para valientes de verdad.

La historia de Matías Jesús Almeyda sigue abierta. Como su corazón inmenso. Sin corazón no hay historia. Sin corazón no hay libro.

A disfrutarlo.